CONTEMPLANDO LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

ASÍ RECOGE SAN LUCAS EL ACONTECIMIENTO

Lc 9, 28-36

28 Unos ocho días después de estas palabras, tomó a Pe-
dro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto del monte para
orar. 29 Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió
y sus vestidos brillaban de resplandor. 30 De repente, dos
hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, 31 que,
apareciendo con gloria, hablaban de su éxodo, que él iba
a consumar en Jerusalén. 32 Pedro y sus compañeros se
caían de sueño, pero se espabilaron y vieron su gloria y a
los dos hombres que estaban con él. 33 Mientras estos se
alejaban de él, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, ¡qué bue-
no es que estemos aquí! Haremos tres tiendas: una para
ti, otra para Moisés y otra para Elías». No sabía lo que
decía. 34 Todavía estaba diciendo esto, cuando llegó una
nube que los cubrió con su sombra. Se llenaron de temor
al entrar en la nube. 35 Y una voz desde la nube decía:
«Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». 36 Después de
oírse la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron si-
lencio y, por aquellos días, no contaron a nadie nada de
lo que habían visto.

Transfiguración. Principios del siglo XV (1403?). Moscú. Temple sobre tabla. 184 x 134 cm. Autor: Maestro del círculo de Teófanes el Griego

DESDE EL EQUIPO *BUENANUEVA* NOS AYUDAN A VER MÁS EN ESTE ICONO

La Transfiguración de Jesús: La Gloria de Dios en el Hijo amado

Este icono de la Transfiguración expresa a los hombres la transformación de la materia en luz. Con la primicia de este episodio en el que el propio Cristo hecho hombre se transfiguró, adelantó la transformación de su naturaleza en divinidad como arras de lo que nos espera. ***En el Monte Tabor, Cristo se transfiguró como manifestación del esplendor de Dios, de su gloria, de su divinidad y eternidad***. El iconógrafo utiliza materias primas, medios físicos, materiales e inteligencia humana para expresar lo que está fuera de la física, de la materia y del conocimiento.

Vestido de gloria y majestad

En la tradición oriental, el aprendiz de iconógrafo era bendecido antes de emprender su tarea, recitando sobre él el himno de la Transfiguración. ***Ya que la luz del Espíritu que transfigura debe estar presente también en todos los iconos.***

En este arte no existe una fuente de luz definida, ni un foco que provenga de ningún lugar, sino que toda la representación está animada por pequeñas pinceladas de luz, oro y tonos claros, significando esa presencia espiritual y física a la que está sometida toda la creación porque Cristo ya ha resucitado.

Así, Cristo en el centro superior vestido de blanco, color de la resurrección y de la vida, irradia luz por medio de las puntas de estrella blancas que prolongan su luminosidad hacia todo lo que le rodea: figuras y rocas del paisaje, que se impregnan a su vez de pinceladas de luz. Su figura está enmarcada en un círculo tres veces concéntrico, en el que el blanco se confunde con el oro y el azul de la divinidad, hasta llegar al círculo interior que es oscuro y negro.

Un icono no se mira, se contempla. La inteligencia es elevada al conocimiento de Dios. Los santos Padres han hablado de los tres grados del conocimiento de Dios: primero, la luz, porque uno que está en la oscuridad y recibe la fe, empieza a ver. En segundo lugar, la nube, porque a medida que se acerca a Dios comprende que sus sentidos y su inteligencia poco pueden ayudarle a penetrar lo incognoscible y lo invisible y, entonces, es el Espíritu el que sí permite penetrar hacia el interior, pero con un conocimiento velado como en una nube. En tercer y último lugar, la tiniebla, ya que los místicos y santos, que han penetrado esta barrera y han experimentado la presencia de Dios, hablan de esa visión como una tiniebla luminosa, la oscuridad de la fe frente a la presencia de Dios, un no ver para ver a Dios, porque Él trasciende toda imagen y su esencia penetra en aquéllos cuya existencia está oculta con Cristo en Dios. ***Este es el sentido de los tres círculos que rodean a Cristo transfigurado, es decir, los tres grados de conocimiento: luz, nube y tiniebla.***

Presencia luminosa del Padre en el Hijo amado

La estrella de seis puntas así concebida, también llamada Sello de Salomón, simboliza la unión del espíritu y de la materia, de los principios activo y pasivo. El mismo Señor se presenta así en el Apocalipsis: "Yo Jesús, soy la estrella radiante de la mañana" (Ap. 22,16). De Cristo parten tres rayos hacia los apóstoles y en otras representaciones de esta escena, otros tres rayos parten hacia el cielo. Es la manifestación de la Trinidad a las criaturas celestes y terrestres.

Este episodio ha sido siempre considerado como una de las más grandes teofanías o manifestaciones de Dios, uno y trino, sobre todo cuando, al final de la visión, la nube los cubre y la voz del Padre declara: "Este es mi hijo elegido, escuchadle" (Lc 9,33). El gesto de sus manos indica que toma la palabra, que quiere hablarnos. Y ¿cuál es su discurso? podríamos pensar. Pues Él mismo, porque Él es la palabra hecha carne. Ahora cobra todo sentido el gesto del Hijo, a raíz de las palabras del Padre: "…¡escuchadle!" (Lc 9,33).

Cristo es el centro en el que se unen y comunican cielo y tierra, el amor descendente de Dios a los hombres y el amor ascendente de los hombres a Dios. Sin embargo, el color de estos rayos es el gris porque la luz percibida por los apóstoles nunca es igual a la emanada por el mismo Cristo, sino una sombra de la luz inaccesible en la que habita el Señor (1 Tm 6,10).

El ascenso a la cima de un monte alto que se representa con el perfil escarpado de los tres pequeños montículos en los que se sitúan las figuras sagradas, tiene un paralelismo con la revelación.

Las figuras de Jesús y sus tres discípulos quedan enmarcadas en una especie de gruta o cueva. De este modo han explicado la penetración de Dios en la materia, paso previo a la transfiguración de esta misma materia. Resulta curioso que en ese mismo monte hay otras grutas excavadas, como signo de que toda la naturaleza está penetrada de divinidad.

La Ley escrita por el Espíritu Santo en nuestros corazones

A los lados de Cristo aparece Moisés a su izquierda y Elías a su derecha. Moisés, con la barba corta y rasgos de madurez, no ha envejecido: conserva inmutable su belleza porque fue hombre de oración y vio el rostro de Dios. Sobre sus manos sostiene la piedra escrita con la Ley. Su postura reverencial es la del contemplativo que alza las manos, al tiempo que se recoge en su interior. Levanta la piedra, infunde el espíritu a la letra, cuyo peso de otra forma la haría caer por el peso de la interpretación judaica.

El segundo de los círculos que rodean a Cristo está descentrado para abarcar la Ley y unirla al rollo que sostiene Cristo en sus manos: la nueva Ley. Cristo no ha abolido la antigua Ley ni los profetas, sino que le da cumplimiento,

escribiéndola de nuevo con lenguas de fuego en Pentecostés, con el Espíritu Santo en nuestros corazones, de manera que ya podemos amar y desear cumplirla porque tendemos hacia ella. Nuestro ser la busca; ha gustado el deleite, la dulzura, la paz, el fruto que proporciona vivir en ella.

Elías, por el contrario, sí aparece anciano, con la barba y el cabello largo, porque es el profeta por excelencia. Señala a Cristo con su mano derecha porque Él es el objeto de todas las profecías, el resumen de la esperanza mesiánica cumplida. Sobre ellos, remarcados entre nubes que representan otra dimensión del cielo, el empíreo o lugar de las criaturas espirituales, aparecen sendas figuras de ángeles, aquellos que les condujeron a sus moradas celestes, según una tradición que sostenía que ambos no murieron sino que fueron llevados o arrebatados al Paraíso.

Transfigurados por Jesucristo

Precisamente la parte inferior se reserva para representar a estos tres apóstoles que caen por tierra en posturas extravagantes y retorcidas, manifestando la imposibilidad de resistir la luz de la visión. El gesto de Santiago tapándose los ojos así lo demuestra, mientras que Pedro es el primero que mirará cara a cara y tomará la palabra, como señala el brazo levantado, para decir: "Maestro, ¡qué bien se está aquí! Hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías" (Lc 9,32).

La costumbre de hacer tiendas con ramaje proviene del tiempo del desierto, cuando el pueblo de Israel palpó la realidad de que esta vida es un camino en el desierto en el que nuestro techo es el cielo y carecemos de todo, por lo que Dios es nuestra única riqueza y provee lo necesario para vivir y no morir.

Guión de Manuel Longa Pérez